

EL DIABLO BURLADO

NUNCA llegó a figurarse el Diabolo que habría de ocurrirle 50 años después con la mujer de Blas Foronda, cuando éste se presentó en el Campo de la Matanza a reclamar lo pactado con Blas en una noche de juego en el casino del Balneario de Fortuna, donde fue a tomar las aguas medicinales para aliviarse de unas reumas corrosivas; y, con tan mala racha que perdió a las cartas hasta el último céntimo. Pues más se dio al juego que al enjuague.

Por el carril que conducía hasta su casa, vio, o sin asombro, acercarse tres señores impecablemente vestidos de negro. El caballero que iba en medio, un poco más espigado, lucía una fina perilla y un peinado, especie de tupé doble, que semejava dos cuidados cuernecillos; los otros dos, un poco más medianos, portaban un reluciente maletín cada uno. Los tres eran bien parecidos, morenos y de cara alargada.

Blas hacía visera con la palma de la mano, sin salir de su asombro, pues en todos los días de su vida había visto por aquellos pagos del Campo de la Matanza a visitantes, al parecer, de tan alto copete. Le admiraba que aquellos rumbosos desconocidos encaminasen los pasos hacia su escondida vivienda.

—Buenos días, Blas, —dijo el del alto peinado y larga perilla.

—Muy buenos los tenga usted —contestó Blas, sin salir de su perplejidad, pues le parecía extraño que aquel desconocido lo tratase con tanta familiaridad y que conociese su nombre.

—¿Ya no te acuerdas de mí? —le preguntó con voz persuasiva el forastero vestido de negro.

—Pos, la verdá es que no sé a quién

tengo el gusto de conocer, pero quien quiera que usted sea, sepa que en la medida que yo pueda, le serviré con mucho gusto.

—Claro, ha pasado tanto tiempo, y has vivido tan bien durante estos años, que ya no recuerdas que me firmaste un papel en blanco aquella noche que te arruinaste jugando a la baraja en un reservado del casino. Era tal tu desesperación que intentaste suicidarte en los urinarios. Y lo hubieras hecho si yo no lo hubiese evitado. Aquella misma noche, después de firmarme el contrato, volviste a la sala de juego y le ganaste a todos los que se atrevieron a jugarse una partida contigo. Después, has tenido tierras, vacas, mozos a tu servicio, buenas cosechas y salud. Mucha salud. Tal ha sido tu poder que ni siquiera la envidia de tus muchos vecinos ha podido hacer mella en tu persona. Cualquier favor hace un esclavo a quien lo recibe, pero peor que esta esclavitud al bien recibido es la mezquindad de quien lo olvida. Y eso es lo que observo en tu falta de memoria —dijo el Diabolo muy sensato.

—¿Quién es usted, que así me habla con palabras que no entiendo, pero me causan pavor con sólo oirlas? —interrogó Blas al imperturbable desconocido.

—Yo soy Mefisto; y las pruebas de tu condenación las traen intactas y guardadas en sus maletines mis dos ayudantes, tan diablos como yo. Recuerda que sólo me pediste riquezas y salud, rehusando a los hijos por evitar mi satánica semilla.

—¿Mefisto? ¿Mefisto...? ¡Qué nombre más raro es éste! Jamás por estos pagos se bautizó a nadie de manera tan caprichosa, —dijo Blas.

Juana la Foronda, toda oídos, y más

aguda que su marido, acababa de enterarse por el enlutado, que no era otro que el mismísimo Diablo en *persona*; y que aquellos años de felicidad y bienestar habían sido comprados por su marido, ahora tadhúr arrepentido, por el valor de su alma.

Pero Juana no se arredró tan fácilmente. Y, con astutas palabras, pidió al Diablo una oportunidad, pues quien había dado 50 años de plazo, bien podía conceder unos minutos a su insignificante petición. Sólo esa merced pedía con el compromiso de correr la misma suerte que su marido por tan señalado favor.

—Tú dirás qué me pides, —dijo el Diablo, todo codicioso. Pues sólo vino a por el alma de Blas y ahora, según sus aviesas intenciones, tenía la posibilidad de llevarse también la de Juana, su mujer.

—Sólo enderezar unos pelicos como éste —no dijo cuántos—. Y sacando un pelín negro, corto y anillado, prosiguió: ¿Tiene bastante tiempo con un cuarto de hora?

—¿Un cuarto de hora...? ¡Je, je, je! (El Diablo se rió). Esto lo enderezamos antes entre mis ayudantes y yo. Pero haremos tiempo, que tampoco nos come la prisa, y siempre nos ha gustado, tanto a mí como a mis servidores, ser obsequiosos con las mujeres. Y —je, je, je— los tres diablos se reían a coro burlonamente.

Entonces, Juana la Foronda, poniéndole al Demonio en la palma de la mano aquella brizna de pelo, les dijo que ya podían empezar su trabajo que ella, mientras, se iría a empinar la olla, mejorando el guiso, por si les apetecía quedarse a comer con ellos ese día. Les sacó tres sillas a la sombra de la morera para que estuvieran más cómodos en su faena.

Juana seguía metiendo tizones bajo la hornilla en tanto que tarareaba coplas con

las que se acompañaba en sus tareas domésticas.

El Diablo se puso el pelo en la palma de la mano. Mientras un ayudante cogía un extremo del pelo y el otro lo estiraba, el Diablo lo humedecía con saliva por ver de mantenerlo rígido. Pero tan pronto se oreaba, el pelo, como si tuviera nervio, se encogía. Así estuvieron toda la mañana haciendo probaturas y, el pelo, como un rebelde y un negado, encongiéndose siempre.

Ya con la lengua pegada al paladar de tan reseca, los diablos pidieron una vasija con agua para poder seguir su trabajo, pues les iba en ello dos almas para su endiablada causa. Juana les trajo una zafa a rebosar. Aparte, les preparó también una limonada con agua de aljibe, que la daba dulce y fresquísima. Y siguió canturreando por la casa.

El día se iba, y el sol trasponía por lejanos montecillos de Cabecicos Negros y Campotéjar. Nada habían adelantado en su afanoso trabajo. Habían gastado el agua de la zafa y los diablos seguían desesperados sin poder enderezar el primer pelo que les había dado por la mañana Juana la Foronda.

—¡Ni que estuviera vivo! —se decían a trío los tres sorprendidos diablos.

Llamaron a Juana un poco mosqueados y le preguntaron que cuántos pelos como aquél tenían que enderezar todavía.

—No muchos —dijo Juana. Y levantándose la falda (no llevaba bragas) se dejó ver todo el monte de Venus, más espeso y arraigado que un atochar.

—Tuya es tu alma, y también la de tu marido, ya que me las has ganado ambas en buena lid. Pues no hay bienaventurado que pueda enderezar ni un solo pelo



de tan frondoso peluchón, cuanto menos tres pobres dimontres como nosotros. Ahora bien, para que veáis mi buen ánimo hacia vosotros, os ofrezco otros 50 años de larga prosperidad y salud —añadió muy formal el Diablo.

—¡Jesús, María y José! ¿Usted se burla, señor Mefisto? ¡Dios me libre de volver a empezar!

Aún no había Juana la Foronda aca-

bado con estos conjuros e invocaciones, cuando los tres diablos se convirtieron en emborriadas sobras que poco a poco fueron desapareciendo dejando en el aire un como olor a mixtos de trueno, un tufillo a cuerno quemado.

Juana, con su pachorra y fina astucia, había burlado al Diablo.

Francisco Sánchez Bautista